

descendientes de
la carta magna
y de sir francis drake



MUCHACHAS BRITANICAS 1965

Por **ENRICA CANTANI**

HASTA hace muy poco se utilizaron unos clichés inmutables, en vigor desde tiempo casi inmemorial, cada vez que había que tratar de Inglaterra y de sus cosas. De pronto, se tuvo la impresión de que las máscaras habían caído. Empezó a hablarse de aquel país en otros términos. Surgió, incluso, un cierto mito de Inglaterra, apoyado, muchas veces, especialmente en los últimos años, en manifestaciones superficiales y con frecuencia deformadoras. En lo anecdótico, las viejas damas consumidoras empedernidas de té dejaron paso en el tópico a los muchachos de Liverpool. Pero, si es cierto que la repercusión alcanzada en el mundo por los Beatles ha sido una de las determinantes de la expansión alcanzada por una cierta moda de lo británico, no lo es menos que resulta demasiado esquemático hablar de una Inglaterra pre-Beatle y otra post-Beatle. Han ocurrido muchas más cosas y el famoso conjunto musical sólo ha sido un reflejo de ellas. En todo caso, y al margen y como consecuencia de determinados cambios en la estructura social del país, uno de los hechos que, en general, sorprenden más al viajero, es la franqueza a la que se ha llegado en la relación hombre-mujer y la liberación alcanzada por esta última, consecuencia de un largo proceso histórico que choca con particular fuerza a la mujer latina. La mujer inglesa no vive, no establece su vida privada en función del hombre. Incluso hay quien ha llegado a decir que Inglaterra es "el país de las mujeres". Lo que no tiene demasiado que ver con el matriarcado americano ni tampoco con las fáciles generalizaciones a que se puede llegar a través del análisis superficial de los grupos de viejas turistas desvinculadas de su contexto...

Enrica Cantani, una especialista italiana en cuestiones femeninas, ha realizado una encuesta sobre el tema que ella misma califica de un tanto esquemática, pero que considera que "aun así puede lograr su finalidad de demostrar cómo una mujer puede sobrellevar su soledad e incluso transformarla en algo constructivo". Las opiniones de Enrica Cantani, con todo lo que en ellas pueda haber de subjetivo, son interesantes para el lector español desde la base de que la situación de la mujer italiana se asemeja no poco a la de la ibérica. Tienen, por otra parte, la autenticidad de lo vivido. Y el valor de contraste entre dos concepciones del papel de la mujer en la sociedad totalmente diferentes en función del diferente contenido que, durante siglos, ha tenido en los distintos países el concepto de libertad individual. No se trata de considerar que el "british way of life" sea la panacea universal, como en algún momento se ha llegado a manifestar en aras de un utópico "democratismo". Pero, de cualquier modo, es indiscutible que la mujer británica ha sabido ganarse una situación que, en comparación con la que todavía hoy es la de sus compañeras latinas, resulta de vanguardia. El resto, y en particular la orientación que da al tema Enrica Cantani, es, como todo, opinable y podría ser un interesante objeto de polémica.

MUCHACHAS BRITANICAS



Junto a la vieja y tradicional imagen de las mujeres maduras dedicadas en cuerpo y alma al Ejército de Salvación, la de unas muchachas jóvenes, activas y que dan preponderancia a la práctica de la cultura física.



EL pueblo inglés ha nacido de la Carta Magna, esto es, del documento dado en 1215 por Juan Sin Tierra, que sanciona con los derechos de todos los ciudadanos los límites de la realeza.

Un pueblo que es libre desde hace ochocientos años razona de forma distinta a los pueblos que no conocen la libertad o que la han obtenido a través de luchas largas y a veces bastante recientes. Pero Inglaterra es también una isla. El Canal de la Mancha no es el océano, a pesar de que durante siglos ha constituido una barrera casi insalvable. Hasta las ideas, cuando desembarcan en suelo inglés, pierden gran parte de su virulencia y quedan reducidas, por así decirlo, a los huesos. Por eso en Inglaterra es más fácil distinguir lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso. De las ideas nuevas los ingleses toman aquello que les es necesario y rechazan el resto. Se les ha llamado soberbios, infieles, fríos y hasta crueles. Yo pienso que sólo son grandes realistas —aunque con «un grano de locura»— que consideran la libertad como el mayor de los bienes. Y las mujeres son iguales a los hombres. En ellas el romanticismo se une al sentido realista; el amor por la casa a la manía de ver mundo; el ejercicio del «flirt» a la independencia; la amabilidad a la reserva. En Inglaterra los contrastes conviven en perfecta armonía. Es una verdad cuyo descubrimiento puede traducirse en términos dolorosos para quien no sabe comprenderla hasta el fondo.

Esto lo saben bien algunas muchachas latinas que, al entrar en contacto con aquellas formas de vida, sufren serios trastornos. «No hacemos más que lo que hacen las muchachas inglesas», dicen. Es cierto, pero el espíritu es distinto. Al decir que éste es el país de las mujeres» no se quiere significar que puedan hacer lo que quieran sin importarles la opinión pública, sino que pueden hacer todo lo que su conciencia les autoriza. El juez lo llevan dentro de sí, y no se trata de un juez de manga ancha, ya que tiene como principio el «fair play», es decir, el «juego leal». Parece poco, pero probad a ver la diferencia que existe entre un sistema de vida basado en la libertad individual y otro basado en el conformismo y las tradiciones ya superadas. Son dos polos opuestos. Por eso las muchachas de otros países, educadas con arreglo a principios tradicionales, que en general olvidan poner al joven en situación de juzgar por sí mismo, no pueden adaptarse a las formas de vida inglesa.

La manera como son educados los niños ingleses haría estremecer el tierno corazón de cualquier madre latina. En el terreno físico, el punto de comparación sería Esparta y Roma antes de que la molición de los emperadores reblandeciera las costumbres. Me han asegurado que algunas madres exponen a los recién nacidos, todos los días y durante unos minutos, ante la ventana abierta, completamente desnudos. No he tenido ocasión de asistir a tal espectáculo, y transmito la información tal como la he recibido. Sin embargo, sí he visto cómo se saca de paseo a los niños sin prestar atención a que haga buen o mal tiempo, llueva o nieve. La relación entre padres e hijos excluye, en general, la ternura exagerada típica de los latinos. Los niños son cuidados de la mejor forma posible hasta que son capaces de tenerse en pie. Después se les deja más libres, y hacia los siete u ocho años se realiza esa operación quirúrgica que todos los padres ingleses consideran indispensable: la separación de la familia.

Niños y niñas van internos a los colegios y allí permanecen todo el tiempo que duran sus estudios. Pero aunque no vayan al internado, que es carísimo y no está al alcance de todos, el resultado es prácticamente el mismo. He visitado una escuela en los alrededores de Londres. Aulas frías, ningún particular refinamiento en el mobiliario. Quiero decir que no hay pupitres racionales o cosa parecida. Los ingleses detestan las novedades y piensan que aquello que servía en tiempos de la Reina Victoria ha de servir también hoy perfectamente.

la separación de la familia

Sin embargo, estos niños vestidos con tanta simplicidad y nada mimados no sólo son robustos,



El tópic de la Inglesa mal vestida se tambalea. Es más, en la actualidad, la moda joven viene del otro lado del Canal de la Mancha, según reconocen, a pesar de su chauvinismo tradicional, los propios franceses.



sino que están acostumbrados a expresarse con absoluta independencia. Los maestros, de vez en cuando, eligen un tema e invitan a los alumnos a discutirlo. Todas las opiniones se consideran respetables, aunque contradigan las del profesor.

He considerado necesario dar estas explicaciones preliminares para presentar el clima en que crece la mujer inglesa.

Una señora británica me esbozó en pocas palabras su relación personal con la familia:

—Primero soy yo, después mi marido, porque lo he elegido yo. Luego, como es justo, los hijos, puesto que a ellos no se les elige. Puede suceder, y de hecho sucede, que no exista afinidad con ellos, que se les sienta extraños.

Esto es, dicho claramente: los hijos también pueden ser fastidiosos o antipáticos. Es un razonamiento duro para nosotros. Sin embargo, su comienzo es significativo: «Primero soy yo». El inglés es el único pueblo que escribe el pronombre personal «yo» con letra mayúscula: «I am», «yo soy, yo existo». En este «I am» está el hilo conductor de la vida de las mujeres inglesas.

A los catorce o quince años son libres de hacer lo que quieran. Una tarde fui a visitar a una muchacha que vivía con otras dos en un apartamento encantador. Como hablaba mi idioma, la entrevista resultó fácil y agradable. Era una joven guapa, de veintidós años, nacida en el campo.

—Entre nosotros —me dijo—, una chica no es libre como en Londres. Antes de los dieciocho años, sus padres no le dan permiso para vivir sola.

¡A los dieciocho años! Para nosotros es aún la infancia. Para ellos es el derecho y el deber de ser adulto. Ser adulto significa ante todo obtener la independencia económica. No hay libertad si no hay independencia económica y, en consecuencia, el trabajo se convierte en una exigencia moral.

Una vez que puede bastarse a sí misma, la muchacha prefiere crearse una existencia a su gusto. No todas abandonan la familia, naturalmente; pero la mayor parte lo hace. Esta separación se produce sin dramas, ni de una parte ni de otra. Lo que, considerando la mentalidad inglesa, es lógico. Puesto que la reserva es inviolable en el propio seno de la familia, la separación de padres e hijos elimina los puntos de roce, inevitables cuando se vive bajo el mismo techo.

Llegada a este primer objetivo, la joven organiza su existencia. No le está prohibido más que lo que ella misma se prohíbe, y como para el pueblo inglés la moral consiste en ser «fair», su camino está enormemente facilitado. No teme el juicio de la sociedad porque la sociedad no se interesa por la vida privada de un individuo, al menos mientras no perjudica a la de los demás. No teme el juicio de los hombres porque no existen dos morales, una femenina y otra masculina. No teme quedarse sin trabajo porque en Inglaterra no hay desempleo. Y menos aún teme no encontrar marido, porque para la joven inglesa el casarse es sólo una posibilidad más; deseada, sí, pero no el objetivo único de su vida. Ante todo, desea viajar, instruirse, ver mundo. El tiempo que pasa no la inquieta. No confía en su belleza o su elegancia para conquistar a un hombre.

celosas de su intimidad

Ya está instalada en un apartamento cuyos gastos comparte con dos o tres amigas. Escoge un buen sitio e intenta dar a su casa un tono personal. Sabe cuánto puede gastar y no se excederá en un solo penique. De su sueldo habrán de salir el alquiler, la luz, el teléfono, la comida y los impuestos. El resto será para los gastos personales: ropa, peluquería, diversiones... Cuando sale acompañada, incluso si se trata de su «boy friend», la joven inglesa insiste en pagar su parte.

El horario de trabajo de la mujer inglesa no absorbe todo su tiempo y le queda el suficiente para dedicarlo a sus «hobbies». Generalmente, comienza a trabajar a las nueve; a las once tiene un cuarto de hora libre para tomar una taza de té; de la una a las dos es la hora de la comida, y a las cinco y media ha terminado.

Muchas mujeres alcanzan puestos de trabajo elevados. De diez puestos directivos, uno está confiado a una mujer. Los sueldos son importantes. Van de un mínimo de mil a un máximo **SIGUE**



Las jóvenes inglesas se han impuesto por encima de los prejuicios victorianos y se están convirtiendo en el ejemplo imitado por las muchachas de otros países.

de tres mil libras esterlinas —de 167.000 a 500.000 pesetas aproximadamente— anuales, aunque algunas —pocas— llegan a ganar hasta cinco mil libras al año. Es obvio añadir que el trabajo vale la retribución. Para las mujeres inglesas, la igualdad entre los sexos significa compartir con los hombres no sólo los placeres de la vida, sino sus deberes y riesgos con la misma decisión y valor.

Una periodista italiana que vive en Londres me dice:

—Desde hace un año comparto un piso con otras dos chicas inglesas y no sé de ellas más de lo que sabía el primer día.

—¿No hablan?

—De todo... menos de sus asuntos personales.

—¿Tienen relaciones...? ¿Amigos?

—Sí, claro. E incluso amores desgraciados. Pero no las he visto nunca llorar, nunca han sentido la necesidad de confiarse. A veces me espantan. Pasan normalmente por cosas que harían desesperar a una chica de nuestro país.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... el caso de una muchacha que haya tenido un «flirt» íntimo con un hombre. Una de nosotras, cuando llega a este punto, admitiendo incluso que no espere el matrimonio con gran ilusión, piensa en una relación fija, seria, que justifique el paso dado. Está tan convencida de la importancia de lo hecho que, como mínimo, pasa el día siguiente a la espera de un ramo de flores o de una llamada telefónica. Aquí, no.

—¿El no telefona?

—Ni soñarlo. Y ella no lo espera. Continúa su vida. Acaso él llame veinte días, un mes después, y proponga amablemente otra cita.

—¿Y ella acepta?

—Sí, el joven le agrada, sí.

—¿Sin complejos ni remordimientos?

—Ninguno. La idea del recato sentimental no entra en la mentalidad femenina inglesa. Y es lógico. Si ella se lamentara o llorara sobre sus errores admitiría implícitamente haber sufrido la voluntad de otro, o, al menos, la influencia de determinada circunstancia y no haber actuado por decisión propia. Este es un pensamiento que ningún inglés, hombre o mujer, puede tolerar. En suma, una chica no tratará de echar la culpa al claro de luna, a la sugestión de la música o a la especial insistencia de un hombre para justificar sus actos.

—Y estas mujeres, ¿no sufren? —pregunto a mi interlocutora, que vive en Londres desde hace un año y frecuenta ambientes ingleses.

—¿Por qué no? Ciertamente... Pero el concepto de independencia está tan enraizado en ellas que las ayuda a superar las desilusiones y los celos. En fin, como no admiten permanecer unidas a alguien a quien ya no aman, aceptan igualmente el dejar de ser amadas. Lo que no toleran es el equívoco en amor. Por lo tanto, como digo, no hablan nunca de sus sentimientos personales. Tienen un extremo pudor en ese sentido.

—¿Cómo se comportan una vez casadas?

—En general, bien. Es raro que una mujer inglesa tenga una relación ilícita. El clásico «triángulo» es raro aquí. Cuando ella cree amar a otro hombre, prefiere irse. Sin embargo, también es capaz de sacrificarse por lealtad.

Los ingleses están tan seguros de sus derechos que ciertas preguntas ni siquiera las comprenden. A una señora de mediana edad la pregunté qué valor tenía para el hombre inglés el pasado de una mujer. «¿Valor? —me preguntó, perpleja—. Ningún hombre se permitiría indagar en el pasado de la mujer a la que ama, aunque esté a punto de casarse con ella. Cada uno responde ante sí mismo de las propias experiencias. Luego, en el matrimonio, el pasado no cuenta. Lo que cuenta es el amor y la mutua estimación».

el amor no lo es todo

—«El "latin lover" —me dice una muchacha— está bien para el "flirt", no para el matrimonio. Es mejor un marido inglés. Quizá se interese más por su jardín o por sus perros que por su mujer; pero es fiel, leal y nos ama por nosotras mismas. En Roma —prosiguió— no tardé mucho en darme cuenta de que los muchachos que salían conmigo por las noches lo hacían, sobre todo, para exhibirme ante sus amigos y jactarse. Querían que fuese elegante, siempre bien peinada y maquillada. Tenía una amiga, no muy guapa, pero inteligente y graciosa. Nadie la invitó. Aquí nuestro "boy friend" nos ama por lo que somos, no por nuestra belleza o nuestra elegancia solamente. Estas son cualidades suplementarias, agradables si se quiere, pero no definitivas. Aquí, en Inglaterra, ninguna mujer se considera vieja».

Efectivamente, es difícil encontrar una mujer vieja. Las hay, pero de una forma especial. Será la robustez de la raza, será la costumbre de vivir al aire libre: lo cierto es que los viejos y las viejas ingleses son distintos de los demás. En comparación, la vejez de los franceses es catastrófica,

precisamente por el empeño que ponen en esconderla. En un restaurante muy elegante se sentaron en la mesa vecina a la mía dos señoras que tendrían unos sesenta años. Mientras tomaban dos enormes filetes con patatas, hacían proyectos para un próximo viaje por África.

Son muy distintas de nosotras. Se da en ellas esa seguridad que falta a las latinas; son distintas incluso de las suecas y de las americanas, de las belgas, de las suizas, que son también mujeres independientes, protegidas por las leyes. Hay algo viril en ellas y también algo extremadamente patético. Su soledad —porque, en definitiva, están tan solas o más que las otras— tiene algo de noble. Sin duda porque la aceptan como una realidad inevitable de la condición humana y, en vez de intentar olvidarla mediante los medios comunes de la ilusión amorosa, la enriquecen con los «hobbies» más extraños. Se hacen intrépidas e insaciables viajeras, se entregan en cuerpo y alma a una idea —el Ejército de Salvación, los «boy-scouts», el sufragismo, la protección de los animales— o desahogan en el deporte sus insatisfacciones. O bien se encierran en sus mundos personales y llegan a ser escritoras de una sensibilidad y de una intuición admirables. Tenemos como ejemplos una Virginia Woolf, una Katherine Mansfield. Se diría que este sutil velo que las separa de los otros, de los hombres, se transforma en elemento positivo para su realización. Han aprendido que el amor no lo es todo en la vida, sino «algo» en la vida, y se conforman con esa verdad.

el aislamiento está acabado

La medalla tiene su reverso, constituido por el número creciente de divorcios, una juventud desenfrenada como en pocos sitios... «Dígame qué es lo que no funciona aquí», pregunto a un extranjero que vive en Londres desde hace doce años.

—Se trata de una revolución —me responde—. Comienza con sir Francis Drake, el que, hacia mediados del siglo XVI, derrotó a la Armada Invencible y más tarde dio la vuelta al mundo llevando a cabo provechosas empresas de piratería, animado por aquella notable mujer que fue Isabel I. Los ingleses descienden de la Carta Magna y de sir Francis Drake. Son libres. Son marineros. Son isleños. Lo que significa que durante muchos siglos los sexos estuvieron separados. Los hombres, solos en sus «colleges», las naves y los clubs. Hom-

bres y mujeres se ignoraban mutuamente, tenían fugaces relaciones y luego cada uno volvía a su mundo respectivo.

Una mujer sola, si quiere sobrevivir, debe aprender a defenderse. La independencia total desarrolla el sentido de la responsabilidad, la sinceridad, la audacia. Estas mujeres han conquistado todos los derechos. Y observen que digo «conquistar». No se los han regalado. Naturalmente, en la lucha han perdido un poco de feminidad en la acepción más típica. Obligadas a una vida activa, han adoptado un tipo de vestido eminentemente práctico. Obligadas a dirigir al mismo tiempo casas y negocios por las largas ausencias de los hombres, se han hecho hábiles, expeditivas. Abandonadas de los hijos, se han acostumbrado a no llorar. Aquí la verdad se dice sin términos medios. El médico dice al

enfermo el nombre exacto de la enfermedad que tiene, incluso si se trata de un tumor de muerte segura. Y el enfermo o la enferma acogen la sentencia sin mover un músculo. Aquí las madres se despiden de sus hijos que parten hacia tierras de ultramar, de las que no regresarán hasta pasados muchos años, con un simple «God bless you»: Dios te bendiga.

Pero ahora las cosas están cambiando. Los «beatniks» o generación perdida han sido los primeros en romper el pasado, en echar fuera los restos del victorianismo. El resultado es que los hombres se están dando cuenta de que las mujeres existen, de que con ellas se puede hablar, además de hacer el amor. Los hombres se están «aficionando» a las mujeres y la pérdida progresiva del Imperio está siendo compensada con el descu-

MUCHACHAS BRITANICAS

brimiento de la alegría de vivir. Naturalmente, una revolución produce víctimas. Pero, como siempre, Inglaterra vencerá también en esta batalla. De pronto, todo volverá a estar en orden. Los jóvenes serán menos desenfadados, los padres los guiarán mejor y el número de los divorcios disminuirá. El aislamiento inglés está terminando. Ahora las mujeres se preocupan más de su apariencia, de su maquillaje, de su modo de vestir. Y los hombres las observan agradablemente sorprendidos.

(Reportaje gráfico MONDADORI PRESS)

Desde los años de escuela, las relaciones entre muchachos y muchachas están desprovistas de todo tipo de implicaciones que tiendan a empañar la camaradería.

